

mentos en favor de la viabilidad de su aplicación y de su capacidad de generar conocimiento generalizable son débiles. En sí, la pregunta que guía los objetivos del libro, aquélla de si el paradigma transnacional es capaz de desplazar al paradigma economicista, permanece sin respuesta.

.....
El temblor interminable: Globalización, desigualdades, ambiente, por Ugo Pipitone, México, CIDE, 2006, 228 pp.

Miguel Gutiérrez-Saxe, coordinador del Programa Estado de la Nación del Consejo Nacional de Rectores y la Defensoría de los Habitantes, Costa Rica

Ugo Pipitone presenta un libro de una dimensión razonable, una colección amplia de hechos y argumentos acerca de la globalización contemporánea y sus raíces, pero referidos a un puñado de temas muy importantes, descritos con propiedad en el título de la obra. Es un documento pertinente, actual, profundo, que destila información y entrega sabiduría, de esa que requiere sentido del humor, también frente a uno mismo.

Desfilan una tras otra las situaciones y razones, siempre de manera fresca, un tanto inesperada. Pocas palabras y muchas imágenes, algunas gráficas y las más verbalizadas. Por la forma, el libro hay que inscribirlo en la tradición

más fiel de los *cantastorie*. El mismo Pipitone se encarga de describirlo como el individuo que en la Sicilia de la segunda posguerra todavía recorría los pueblos narrando las gestas de caballeros normandos, franceses y sarracenos... con el auxilio de sábanas pintadas con varios cuadros en los que se ilustraban los hechos narrados.

Su portada es una imagen irónica, directa en el llamado a pensar sobre las transformaciones contemporáneas. Nuestro tiempo es éste, en el que por primera vez los seres humanos tenemos la capacidad para interrumpir los procesos de vida en el planeta, por varias vías, por lo general escondidas bajo un manto de trivialidad. Hoy es, mucho más crucial identificar quién conduce a quién, quién orienta a quién. La portada reproduce un cuadro de Bruegel el Viejo (1568), que evoca el evangelio de Mateo: “ciegos que conducen a otros ciegos y, si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo”.

Por su contenido, la obra ofrece una reflexión ética y crítica, sustentada en una selección de textos y otros insumos relevantes, armada con sentido y puesta al servicio de una convocatoria urgente a la acción. Es muy ilustrativo el epígrafe que recoge de Saramago: “Mejor no hacer nada, dijo uno de los filósofos optimistas, los problemas del futuro, el futuro los resolverá. Lo malo es que el futuro es ya hoy, dijo uno de los pesimistas”.

Pero la portada y el llamado a hacer algo no son el preludio de un libro que organiza evidencia para argumentar a ultranza una tesis preconcebida. Por el contrario, en más de una ocasión Pipitone muestra cómo ha sido necesario considerar y volver luego a reconsiderar apreciaciones sobre las tendencias, las que no caracteriza como lineales y predecibles. También con franqueza expone algunos de sus descubrimientos y sorpresas. No es casual que dedique la introducción de su trabajo a explorar las metáforas microbiológicas y termodinámicas, pero no para invocar “las analogías fascinantes y conservadoras”, sino las que brotan del pensamiento científico reciente que enfatiza el azar, reafirma que el contexto externo altera el funcionamiento de los órganos, forzándolos a adaptaciones sin destino prefijado. Esto sí es posible convertirlo en metáfora social y trasladarlo a las ciencias sociales. Y así transcurre el libro, nuevas adaptaciones, hechos y relaciones novedosas dentro de una sociedad en ebullición. El decir astuto de Lampedusa (“si queremos que todo quede como está, es necesario que todo cambie”) es contrapuesto por Pipitone a las conclusiones del premio Nóbel de Química Prigogine, al señalar que caos y orden conviven; la regla es un punto de equilibrio de fuerzas contrastantes, cuyo resultado concreto sólo puede ser predecible en términos probabilísticos. Es el fin de las certidumbres y de la deducción como

forma dominante de exponer, una conclusión a la que el autor es fiel.

La descripción de la unión simbiótica de bacterias ancestrales con otros microorganismos, que no fue una mutación lenta y suave, sino brusca, toda una aceleración evolutiva, lleva a Pipitone a preguntarse cómo no pensar en la analogía con la globalización y sus múltiples contagios. Se responde que en este mundo globalizado “la velocidad de las recombinaciones es ciertamente mayor que la de las mutaciones internas de cada sociedad”. Y esa constatación la retoma al describir la globalización, al plantearse las desigualdades y al analizar el ambiente amenazado.

La ampliación de la globalización y sus interdependencias, la diversidad creciente y su metabolización le señalan al autor un orden caótico. Pero también le sugieren una metáfora: los temblores tienen intensidades diferenciadas en el tiempo y producen efectos distintos dependiendo de los suelos que sacuden; estamos frente a un movimiento (de personas, bienes, informaciones, etc.) constituido por aceleraciones, trasplantes exitosos y fallidos, *feedbacks* imprevistos que aceleran o retardan, tensiones, conflictos, periodos de interrupción e, incluso, de retroceso.

En palabras casi textuales del autor, un verdadero temblor interminable, en un sistema de vínculos globales construido alrededor de un capitalismo técnicamente innovador y financiera-

mente ubicuo, en detrimento del predominio de Estados y orientaciones hacia el bienestar. Las diferencias entre regiones y países subsisten, pero lo hacen dentro de una corriente que estrecha espacios, esto es, la puesta de la camisa de fuerza dorada que señalara Thomas Friedman, citada extensamente por Pipitone. Cómo no mencionar en esta reseña el señalamiento del autor y de Stiglitz sobre el papel de instituciones financieras internacionales, particularmente del FMI, institución creada al calor de las crisis de los sistemas de pagos mundiales y que “se ha convertido progresivamente en un templo de verdades económicas con un alto perfil doctrinario, que en lugar de reducir costos económicos y sociales de las crisis financieras, a menudo contribuye a incrementarlos”.

Enfatiza el texto sobre el contrapunto a la globalización creado por el fortalecimiento de la regionalización, cierta revaloración del Estado del bienestar y de la regulación ante la necesidad para las generaciones futuras de reinventar el desarrollo frente a los dilemas planteados por el “desastre ecológico sobre la base del éxito económico, o el desastre social sobre la base del fracaso económico”.

Al abordar el desajuste en la relación entre economía y sociedad, el autor señala un conjunto de asimetrías o desigualdades en asuntos tan cruciales como la tecnología, el desarrollo y la pobreza. Combina el autor tres “k”

(Kuznets, Kondratieff y Kuhn) para afirmar que las mayores oleadas de cambio tecnológico (con gran impacto sobre estilos de vida y de producción) activan dislocaciones económicas sociales, uno de cuyos rasgos es el aumento de la desigualdad, entre países y dentro de los países. También sustenta con econometría y análisis de casos-país (Malasia, Kerala, México) que el crecimiento económico no es suficiente para superar la pobreza, y cómo una mejor distribución del ingreso acelera el efecto de reducción de la pobreza asociada con el crecimiento.

A lo largo del texto, Pipitone trata el asunto de la sostenibilidad, aunque dedica un capítulo específico al ambiente amenazado. Afirma que morir de bienestar se ha vuelto técnica e históricamente posible. Antes de la revolución industrial la especie humana podía reproducirse sin alterar de modo crítico los grandes ecosistemas planetarios; en la actualidad enfrentamos hasta un cambio climático. Hoy los costos ambientales no sólo son relevantes, sino que cada vez más son percibidos como tales. Ingeniosamente el autor se detiene en la agricultura y en esa máquina trivial y cotidiana, el automóvil, para ilustrar cambios y desafíos.

El temblor interminable de Ugo Pipitone es, por lo anteriormente dicho, un digno heredero de la tradición del Club de Roma, con sus límites del crecimiento y del Informe Brundtland, por su capacidad para sistematizar consi-

deraciones, señalar desafíos y sugerir cursos de acción cruciales para la supervivencia de nuestra especie —la humana— y de la vida en el planeta.

.....
Principles of Constitutional Design, por Donald S. Lutz, Nueva York, Cambridge University Press, 2006, 261 pp.

Fabrice Lehoucq, University of North Carolina, Greensboro

No es usual que un filósofo político contemporáneo escriba un libro sobre constitucionalismo. Donald Lutz, un politólogo de la Universidad de Houston, ha dado a conocer una obra perceptiva y original. Tanto los científicos políticos como los abogados constitucionalistas se beneficiarán con la lectura de este trabajo.

Para Lutz el constitucionalismo está relacionado con la arquitectura política. Es tanto un plano para una vida buena como un conjunto de compromisos acerca de la manera en que los seres humanos pueden dotarse de libertad, autopreservación, fraternidad e innovación benéfica (p. 242). El constitucionalismo, a diferencia de lo que ocurre con el estudio de instituciones específicas (por ejemplo, las leyes electorales, las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo, lo judicial), tiene que ver con la forma en que interactúan las diversas partes de un sistema

político para promover esas metas. De manera que una constitución eficaz requiere balancear objetivos que compiten entre sí y acoplarlos con los acuerdos institucionales apropiados, que a su vez dependen del estudio cuidadoso de los sistemas políticos pasados y presentes.

Una verdadera ventaja del enfoque de Lutz es su análisis de conceptos normativos, además de positivos. A diferencia de las obras convencionales de política comparativa, como *Modelos de democracia*, de Arend Lijphart, o *Jugadores de veto*, de George Tsebelis, Lutz analiza los argumentos de Jean Bodin y Thomas Hobbes acerca de los objetivos del Estado, la esencia de la soberanía, la naturaleza de la separación de poderes y el significado de la vida buena. Parte de lo que vuelve tan difícil desarrollar una constitución efectiva es, de hecho, equilibrar la demanda de control popular con límites sobre ese control —que según Lutz es la esencia misma de la soberanía popular.

Conjeturar cómo limitar el control popular sin diluir la capacidad de respuesta es una labor enormemente difícil, ya que nuestro conocimiento sobre el diseño institucional sigue estando en pañales, punto que Lutz aceptaría, aunque no lo señala explícitamente. Si bien entendemos cómo funcionan las treinta o cuarenta democracias más estables del mundo, no sabemos tanto sobre sistemas políticos menos estables o democráticos. La escasez de